

SER MUJER JOVEN INDÍGENA UNIVERSITARIA EN CONTEXTOS DE DESPLAZAMIENTO ESPACIAL

Marcela Meneses Reyes

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
marcela.meneses@sociales.unam.mx

Resumen: El presente artículo muestra la historia de cuatro mujeres jóvenes indígenas, estudiantes del *Instituto Superior Intercultural Ayuuk*, institución creada por el *Sistema Universitario Jesuita*, con la finalidad de brindar educación a los jóvenes indígenas oaxaqueños, principalmente, sin negar el ingreso a otros jóvenes provenientes de distintas etnias, estados y comunidades. Por medio de una entrevista grupal, y del contacto con las jóvenes desde mi posición como docente, pude identificar que sus trayectorias de vida han estado marcadas por el *desplazamiento espacial*, dinámica que se impone a muy temprana edad, por la necesidad de salir de sus comunidades, para continuar sus estudios, pero que se convierte en una forma de ser una joven indígena, en contextos que se ven marcados por la migración, la globalización y la movilidad. Por medio de sus voces, se puede identificar un cúmulo de experiencias novedosas, que generan cambios individuales, generacionales, familiares y comunitarios, sin provocar tensiones y contradicciones.

Abstract: This article show the story of four young indigenous women students of the Instituto Superior Intercultural Ayuuk,

created by the Sistema Universitario Jesuita whit the objective to offer education to the young indigenous oaxaqueños, principally, without being denied the income to another youngs who comes from other etnies, states and communities. Through a grupal interview and the contact whit the young women since my position of teacher, I could identify that her life trajectories has been checked by the *spacial displacement*, dinamyc that imposes at a very young age because the need og get out of their communities for continue their studies, but becomes in a way of being indigenous young in a contexts marked by the migration, globalization and movility. Through her voices, we can identify a cumulus of new experiences that produce individual, generational, familiar and communitarian changes, not without tensions and contradictions.

Palabras clave: Mujeres jóvenes indígenas universitarias; desplazamiento espacial; Oaxaca; México

Key words: Young indigenous university women; spacial displacement; Oaxaca; México.

INTRODUCCIÓN



lo largo del 2016, tuve la oportunidad de incorporarme a las filas de docentes, que acuden al Instituto Superior Intercultural *Ayuuk* (ISIA), para dar clases a los más de 100 jóvenes estudiantes, en su mayoría indígenas, que asisten a cursar alguna de las tres carreras o al posgrado que son impartidas en sus aulas: Licenciatura en Educación Intercultural, Licenciatura en Administración y Desarrollo Sustentable, Licenciatura en Comunicación para el Desarrollo Social y la Maestría en Educación y Gestión del Conocimiento.

El Instituto Superior Intercultural de Ayuuk (ISIA) es una institución de educación superior intercultural, creada por el Sistema Universitario Jesuita, impulsada por el Sistema Universitario de las Universidades Iberoamericanas en México, vinculado con 40 universidades latinoamericanas (AUSJAL) y fundado en 2006. Se encuentra ubicado en la región indígena del pueblo mixe, en Jaltepec de Candayoc, San Juan Cotzocón, Oaxaca, al sur de México. Tiene como misión el “Formar profesionales interculturales que, situados desde el contexto y experiencia de las comunidades, impulsen el desarrollo integral-sustentable y fortalezcan la libre determinación de los pueblos indígenas”, además de tener como visión el “Ser reconocida como una institución confiable, que ofrece una alternativa educativa de calidad, innovadora y socialmente pertinente, que colabora con otros actores sociales, en el mejoramiento de las condiciones de vida de la región”, teniendo como principios torales la comunidad, integralidad, solidaridad e interculturalidad.¹

En este contexto, como profesora primero de la licenciatura en Educación Intercultural y, posteriormente, de Comunicación para el Desarrollo, conocí a Fer. Con ella y sus compañeros comencé el proyecto de crear un cineclub en el ISIA, que quedara como un legado de mi labor docente y como una forma de fortalecer a los jóvenes en su capacidad de impulsar actividades novedosas frente a las autoridades de la institución y ante la comunidad de Jaltepec en la que se encuentra ubicado. El cineclub se trataba de una propuesta vertical, pero de abajo hacia arriba, es decir, de los estudiantes hacia las autoridades escolares y comunitarias, y horizontal, de los estudiantes actuales hacia los venideros.

Con ese primer grupo de alumnos, presentamos la propuesta a la dirección, misma que aceptó la realización de la primera proyección, en una de las palapas del ISIA, cuya función inició a las 7 pm, momento del día en que comienza a oscurecerse y los estudiantes del turno vespertino salen de su última clase.

¹ Véase página oficial del ISIA, <https://www.isia.edu.mx/>

Cabe agregar que la función fue todo un éxito: palapa llena, palomitas y al final una ronda de comentarios muy interesantes en torno a la película española “*Te doy mis ojos*” (IciarBollaín, 2003), que proyectamos con el objetivo de reflexionar en torno a la violencia contra las mujeres.

Gracias a Fer conocí a Donají, Karla y Elena, otras tres chicas estudiantes de la carrera de Comunicación para el Desarrollo, sumamente activas en el ISIA y con muchas ganas de aprender y proponer. Todas ellas, las cuatro, muestran una trayectoria de vida marcada, en mayor o menor medida, por la migración, la necesidad de salir de la casa de sus padres y su comunidad, para poder emprender un sinfín de proyectos, que “la comunidad de pertenencia no les permitiría”, tal como ellas mismas lo expresan.

Por esa razón, el *desplazamiento espacial* es de vital importancia, para comprender cómo se es, y se está siendo, mujer joven indígena actualmente en México, en una dinámica sellada por la migración, el contacto con las ciudades y la globalización.

La relación entre jóvenes y espacio, y, en particular, el espacio público, es una línea de investigación, que comencé a construir de manera incipiente hace una década, para después, en conjunto con la colega Jahel López,² impulsarla como un sólido campo de estudio, en el que podamos explorar las maneras concretas en que los jóvenes³, como cualquier otro actor social, diversos entre sí, por categorías sociales densas como son la misma edad, el género, la clase, la raza, la pertenencia étnica u, otros más maleables, como por ejemplo, los intereses, los gustos, los consumos, anclado en relaciones de poder específicas, producen el espacio y, a su vez, para conocer las formas en que el espacio mismo posibilita o limita las maneras de ser y vivir la juventud, en tiempos y lugares específicos.

² Antropóloga feminista, investigadora del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México.

³ Por economía de lenguaje escribiré en términos masculinos, sin dejar de considerar las diferencias y especificidades de las mujeres cuando sea necesario.

En suma, concebimos la relación jóvenes-espacio como una dupla indisociable e indisoluble, que se influye recíprocamente y que nos permite comprender el tipo de juventudes existentes en un tiempo y espacio determinados, así como el tipo de espacio que esos mismos jóvenes producen (Meneses y López, 2018; López y Meneses, en prensa).

El espacio jamás es estático, y menos en contextos como el actual, ya que se encuentran marcados por la migración, la globalización y la movilidad. Por eso, propongo la idea de *desplazamiento espacial*, con el fin de tomar en cuenta las maneras en que se desplazan los actores, por diversos y variados espacios, a lo largo de su vida cotidiana, así como la diversidad de experiencias que se generan y que se imponen como resultado de este desplazamiento.

Las cuatro mujeres jóvenes indígenas, estudiantes universitarias entrevistadas, muestran en cada uno de sus testimonios, que sus trayectorias de vida han estado marcadas por este desplazamiento espacial, lo que implica un impacto profundo en sus maneras de *ser* y *estar* joven, que, sin duda, difiere de lo que *deberían ser*, de no haber experimentado tal desplazamiento.

Su formación escolar, su experiencia laboral, sus relaciones personales más significativas, sus decisiones de vida en torno a la maternidad, al matrimonio, a la sexualidad y sus proyectos a futuro, están marcados por tal experiencia de desplazamiento, en un principio inevitable e impuesto dadas las condiciones materiales, que expulsan a la población de sus comunidades de origen, pero con el tiempo disfrutable y gozoso en la medida en que les ha abierto la posibilidad de nuevas experiencias y posibilidades.

La entrevista fue realizada la noche del 8 de septiembre de 2016, en la *sala de estar* aledaña a los cuartos para dormir, contruidos para los profesores y visitas que acudimos al ISIA por diversos motivos. La *sala de estar* está conformada por dos sillones, una mesa pequeña para comedor, 3 sillas, un estante,

algunos trastes para cocinar, estufa, refrigerador y una mesa de centro. Ahí nos reunimos esa noche las cuatro chicas y yo para conversar, mientras cenábamos unas tlayudas, que nos llevaron los colegas de la universidad Ibero Puebla, quienes se encontraban también de visita por aquellos días.

Al momento de la entrevista Elena tenía 25 años, es mixe de Santiago Atitlán, comunidad ubicada en la región media de los mixes, y su primera lengua es el *ayuuk*, que aprendió a escribir hasta que comenzó a cursar el bachillerato comunitario. El español no lo escuchó sino hasta el 3° año de primaria (entre los 8y 9 años), ya que la educación tradicional se impartía en español. Ella nos cuenta: “pues estaba este dilema de que dejen de hablar en *ayuuk* y mejor pongámonos a aprender el español. Pero pu’s a mí nunca se me olvidó el *ayuuk*, pero sí aprendí el español, pero no puedo decir que hablo muy bien el español [se ríe]. Sí hablo más el *ayuuk*.”

Donají es zapoteca de 22 años, originaria de Santa María Guienagati, comunidad ubicada en el Istmo de Tehuantepec. Su primera lengua es el español y no el zapoteco, dado que “no aprendí a hablar la lengua porque en la comunidad ya casi no se habla. De mis abuelos sólo dos hablan zapoteco y nunca les enseñaron a sus hijos, o sea, a mis papás. Entonces mi mamá es la que entiende un poquito y hasta ahí.”

La primera vez que salió de casa de sus padres y de su comunidad, fue para cursar el bachillerato en otra comunidad llamada Asunción Ixtaltepec, cuya perspectiva le permitió irse forjando un pensamiento más crítico, que después se mostraría en sus decisiones venideras.

Karla, de 23 años entonces, también es mixe pero de la región baja, de una comunidad llamada Santa María Asunción Puxmetacán. Lee y escribe en mixe, aunque su primera lengua es el español. La migración ha marcado su vida desde el origen, ya que ella nació y pasó los primeros años de su vida en la Ciudad de México, a donde migraron sus padres por motivos del

trabajo de su papá: “Ahí nací (en la Ciudad de México) y ahí crecí y estuvimos así un rato yendo y viniendo, yendo y viniendo, hasta creo que todavía parte del preescolar pu’s lo estudié allí y ya el último año fue cuando regresamos a Puxmetacán y ya terminé el kínder. Ya después pu’s nos volvimos a ir y estudié un poquito de la primaria allá y volvimos a regresar. Entonces yo aprendí por ahí el mixe como a los 9 o 7 años de edad.” Primero fue gracias a su abuela monolingüe mixe, con quien estableció contacto profundo cuando regresaron definitivamente a su comunidad; y después a su papá, con quien aprendió a escribirla, ya que él es maestro de primaria.

Y finalmente Fer, de 22 años, quien tampoco nació en la comunidad de Jaltepec de Candayoc, la misma donde se encuentra el ISIA, pero llegó siendo muy pequeña. Su primera lengua es el español, sin embargo aprendió el mixe gracias a su abuela monolingüe.

DESPLAZAMIENTO ESPACIAL EN LA ADOLESCENCIA

La primera vez que salieron del hogar de sus padres, todas eran apenas adolescentes. Elena se fue a los 15 años a un internado ubicado en Santa María, Alotepec, a dos horas de su comunidad, a estudiar el bachillerato. Donají salió de casa, mientras estudiaba el primer año de secundaria, pues sus padres la mandaron a vivir con una tía, “porque tenía problemas de adolescencia y así. Pensaban que mandándome pues ya me iba a componer, pero se dieron cuenta que no y ya mejor me regresaron para tenerme más vigilada.” Cuando Elena volvió se reincorporó a la secundaria en su misma comunidad, para más tarde migrar de nuevo hacia Asunción, Ixtaltepec, donde estudió el bachillerato.

Karla fue enviada por sus padres a estudiar la secundaria a un internado salesiano, en San José Río Mazo, comunidad

chimalteca ubicada por la desviación a Playa Vicente, Veracruz, pues según ella “llega una etapa de la adolescencia donde pues te pones rebelde, según ¿no? entonces tenía como conflictos, *pedos* en la cabeza (se ríe). Y pues sí me porté muy grosera con mi mamá un tiempo, sobre todo con mi mamá, este... con mi papá p’s me daba igual, también por lo de las cuestiones de mis papás y eso pues bueno... En fin, mi papá me mandó al internado para que me compusiera, así es que tuve que pasar un proceso laaargo, porque ahí pues también tomaban en cuenta la conducta y todo eso.” Cabe agregar que en dicha escuela aprendió sobre la religión católica, además de solfeo, saxofón y bordado.

Y en el caso de Fer, resulta que la primera vez que salió de casa fue cuando iba en segundo año de secundaria, a los 13 años, aproximadamente, para pasar una temporada en Monterrey con su tía, también migrante, motivada por poder estar cerca de su madre quien vivía en California, Estados Unidos, “entonces también era como algo genial irse porque teníamos más comunicación.”

La madre de Fer migró muy joven a la Ciudad de México, para contratarse como trabajadora doméstica. Fue en la gran ciudad donde conoció al padre de Fer y se embarazó de él.

Sin embargo, Fer dice que “está bien chistosa mi historia porque mi mamá estaba en México embarazada, entonces una señora de aquí (de Jaltepec) se fue (a la Ciudad de México), no sé si vivían o se veían, pero se enteró de que mi mamá estaba embarazada y le vino a decir a mi abuela, a la mamá de mi mamá, y pu’s ya por eso fue que mi abuela se fue de aquí a México y pu’s ya me fue a traer, fue a traer a mi mamá y por eso nací aquí”. Luego la madre de Fer volvió sola a la Ciudad de México, dejando a su hija bajo el cuidado de la abuela, por la misma necesidad de trabajar para mantenerlas.

Finalmente, la madre de Fer nunca regresó a Jaltepec, pues la familia con la que vivía se mudó de la Ciudad de México a

California, Estados Unidos, llevándosela con ellos como la encargada del cuidado de los niños y luego, por motivos de salud, hace unos años, cuando falleció lejos de su familia y de su hija.

En la mayoría de los casos descritos, es posible advertir que los motivos para migrar, siendo adolescentes, están principalmente ligados con la necesidad de continuar estudiando, ya sea la secundaria o el bachillerato, mismos que no se impartían en sus comunidades de origen. La inexistencia de instituciones educativas, acordes con la edad de una población que cada día privilegia más la estancia en la escuela, la obtención de certificados y de títulos, que idealmente les proveerán de un mejor futuro en comparación con sus padres y generaciones pasadas (Bertely, Saraví y Abrantes, 2013), obliga a las familias a redoblar esfuerzos, con tal de financiar la estancia de sus hijos en otros poblados alejados del hogar, lo cual implica inversión de tiempo y dinero, además de la generación de angustias anteriormente inexistentes, todo esto conjugado con la supuesta “crisis de la adolescencia”, que los padres no saben cómo enfrentar, por lo cual es posible que piensen en la escuela como un espacio de refugio y protección de sus hijos, que cada día les muestran nuevas inquietudes, muy diferentes a las que ellos tuvieron a su misma edad.

EL ESPACIO ESCOLAR COMO REFUGIO TEMPORAL

Su *desplazamiento espacial* que inició a muy temprana edad se ha convertido en una manera de ser y estar en el mundo, para las cuatro chicas entrevistadas. Así, una vez concluido el nivel escolar cursado, todas han buscado migrar a algún otro poblado o ciudad a continuar con sus proyectos de vida, lejos de la mirada y del cuidado de los padres y fuera de la comunidad de origen, que les resulta poco atractiva, pues no satisface sus expectativas laborales, ni escolares, ni menos de vida.

Al terminar el bachillerato, Donají decidió irse a la misión Guadalupe, en Chiapas. Esta es una misión marista, que se dedica al trabajo comunitario con las poblaciones tojolabales. Fue ahí donde la formación humanista recibida, acompañada del trabajo comunitario y del ideario zapatista imperante en aquella zona, le permitieron formarse un pensamiento crítico, activo y transgresor, autónomo, asumiéndose actualmente como feminista y lesbiana en una comunidad indígena *ayuuik* de la cual no es originaria.

Por su parte, Karla se fue a la ciudad de Oaxaca, para estudiar la preparatoria en un Colegio de Bachilleres de Oaxaca (COBAO), periodo durante el cual comenzó a beber alcohol hasta casi perder los límites, según lo considera la entrevistada.

El consumo de alcohol, cabe señalar, entre las mujeres oaxaqueñas sigue siendo una actividad moralmente sancionada. Si bien, en las fiestas se les permite beber, en realidad es vista como una práctica impropia de las mujeres, por lo que quienes beben aunque sea un solo trago lo hacen en el espacio doméstico, acompañadas de otras mujeres y cuidándose de no ser vistas en el espacio público o por extraños, mientras disfrutan de su cerveza o su mezcal, la bebida tradicional de Oaxaca. Por lo tanto, es un hecho que a la fecha las cantinas y demás espacios públicos-lúdicos, siguen negados para las mujeres indígenas.

La etapa de alcoholismo por la que atravesó Karla, es vista ahora, por ella misma, como algo que no debió pasar: “mi mamá siempre me dice que en las mujeres se ve muy mal, que está mal que una tome y que qué va a decir la gente. Y más por seguridad propia, de que como eres más vulnerable ante los hombres y así, pues te puede pasar algo, pueden abusar de ti y entonces pues todo lo que conlleva eso.” Al preguntarle si de verdad considera que tuvo un problema de alcoholismo me repite convencida que sí, pues en un principio “sólo era cuando me invitaban y pues allí iba, ‘total, ellos lo van a pagar’”. Pero ya después me empecé a dar cuenta, cuando yo empecé a gastar más el dinero que mis

papás me daban. Entonces para mí eso ya era un problema, o sea, sí me daba cuenta de que gastaba casi que todo el dinero de mis papás en alcohol”, al grado de dejarse someter a un “retiro” que, en realidad, por lo que ella comenta, se trató de un episodio de abuso y maltrato extremo justificado por su “problema” de alcoholismo: “una amiga me llevó a un retiro. Más bien no me llevó, me engañaron porque habían dicho que era fogata y ahí va la otra que se cree todo el cuento y pues me fui a un retiro donde ah... me fue muy mal... Bueno, me fue bien en el sentido de que me ayudó un poquito, aunque sé que sigo tomando, pero ya no como antes, o bueno, sí me *empedo*,⁴ pero ya no es exagerado como en ese entonces, era casi ya todos los días y..., todo lo que pasé ahí, desahogo, este... me dijeron de todo. Este..., me desnudaron ahí, porque tenía que mostrar si no tenía alcohol ahí... O sea, sí te tratan mal, pero porque...es que hay drogadic-tos ahí, hay adictos pues, y por eso es que hacen esas cosas, hay algunos que tenían armas. O sea, sí llegaron a quitar armas, drogas, entonces era parejo pues, ya después de todo pues sí me tranquilice. Llegué ahí a Alcohólicos Anónimos y la parte más triste de esa escena es recordar que al último, o sea, yo no sabía que iban a llegar mis papás y que se iban a enterar de esa forma. Entonces llegaron mis amigas. Los llevaron y, entonces, al verme así, empezó mi papá, sobre todo fue él, que nunca lo había visto llorar así, se puso a chillar, mi mamá también, ¡ah, entonces eso para mí fue más feo! Y en fin... fue toda esa etapa de alcoholismo tuve que pasar.”

No obstante, a pesar de mostrar que estaba atravesando por un episodio complicado, sus padres y ella decidieron mantener su estancia en la ciudad de Oaxaca, lejos del hogar, para, de esa forma, enfrentar por cuenta propia los estragos de aquella dificultad y, a su manera, comenzar un proceso de maduración, que en su caso está representado por el trabajo. A partir de ahí,

⁴ Emborracho

decidió emplearse en trabajos precarios “para por lo menos ganarme algo. Era lo que yo le decía a mi papá: ‘quiero trabajar’, pero por lo mismo de que mi mamá decía ‘no, es que tu hija, tienes que cuidarla’, (porque soy hija única, mi mamá siempre ha sido como que muy sobreprotectora conmigo) y ya empecé a probar lo del trabajo, y ya pasé de todo en papelerías, de ropa, y sí, era muy muy muy costoso, o sea, sí sabía lo que era ganarse el dinero y que se iba así. Porque eso era lo que nos convenía ¿no? No importa cuánto pagaran, pero el chiste es que encontramos un trabajo y que nos diera algo”.

Al mismo tiempo que trabajaba, Karla decidió comenzar sus estudios universitarios de ingeniería forestal en el Instituto Tecnológico del Valle de Oaxaca, pero sólo pudo cursar un año, porque su padre fue sometido a una operación y se quedó sin ingresos, así que le fue imposible seguir costear los gastos de su hija fuera del hogar, especialmente la renta de una vivienda.

Además de lo complicado que resultaba para Karla estudiar y trabajar al mismo tiempo, pues salía muy tarde del trabajo mal pagado y apenas le rendía el día para hacer tareas escolares, diariamente tenía que trasladarse dos horas de ida y dos horas de regreso, desde el poblado en que vivía hasta el poblado donde estaba la universidad, ambos, lugares periféricos a la ciudad de Oaxaca: “yo tenía que viajar más de dos horas, porque está de Atzompa hasta Xoxocotlán, y tenía que tomar aparte el camión que va a la central, de la central tenía que tomar otro [camión] y del otro tenía que tomar hasta Xoco y de ahí otra moto para que me llevara. Entonces sí era un buen [de tiempo y de dinero].” Toda una gama de dificultades que explican cómo es que finalmente llegó al ISIA.

Elena, igual que sus compañeras, al terminar el bachillerato, buscó otro lugar de destino que no fuera su comunidad de origen, así que decidió ir a trabajar a la ciudad de Oaxaca, con apenas 18 años de edad: “Trabajaba y no trabajaba. Trabajaba cuando no tenía dinero, cuando tenía pues no trabajaba y así

me la pasé [todas ríen]. Estuve trabajando en una papelería, después trabajé en Parisina [tienda de telas] un poquito de tiempo, y de ahí estuve trabajando en Casa Cruz, que es una tienda de uniformes. Y de ahí pues, así como que ya me aburrí, ya no quería trabajar, ya estaba harta de la ciudad también. Y medio que entré a un taller de estilismo profesional, estuve seis meses ahí porque estaba carísimo, me salí y ya me fui a mi casa, y de ahí hasta que dije ‘creo que ya es el momento de estudiar’, aunque no tenía dinero.”

SU LLEGADA AL ISIA TRAS UNA LARGA TRAVESÍA

Después de trabajar por un tiempo e intentar estudiar en otras universidades de la ciudad de Oaxaca y de la Ciudad de México, las cuatro chicas llegaron al ISIA por diversos caminos, razones y motivos. Como ya expuse anteriormente, Karla, quien ya llevaba un año estudiando ingeniería en Oaxaca, tuvo que desertar por motivos económicos, ya que los problemas de salud de su padre le impidieron seguir costearo sus gastos en la ciudad.

Elena, luego de varios años de trabajo en la ciudad de Oaxaca, decidió retomar los estudios, así que habló con su papá para pedirle apoyo económico, pero éste se lo negó “porque ya había pasado mucho tiempo y si quería [volver a estudiar] pues ya corría por mi propia cuenta”, así que se puso a trabajar, para generarse unos ahorros “para mi colegiatura y ya lo demás a ver cómo le hacía”, aventurándose así con plena convicción de querer cursar la carrera de comunicación. Tiempo después, al ver su padre que el compromiso iba en serio, volvió a apoyarla económicamente, lo cual le permitió mantenerse estudiando.

Al terminar el bachillerato cursado en el mismo Jaltepec, Fer migró a la Ciudad de México, donde trabajó como mesera en un restaurante de la colonia Roma. Luego migró dos veces a

la ciudad de Monterrey donde vive su tía. Sin embargo, decidió regresar a Jaltepec por un compromiso moral con sus abuelos, que son más bien como sus padres encargados de su crianza desde los primeros años, “porque igual si no existieran mis abuelos, quizás yo ya no estuviera aquí”, pero la necesidad de no dejarlos solos y cuidarlos, pues se trata de personas mayores, además de ser sus parientes más cercanos, ya que a su padre no lo conoció y su madre murió, la obliga a permanecer en su comunidad a pesar de sentirse siempre atrapada en un lugar donde no desea estar, pues no satisface sus expectativas de vida, sus gustos, sus necesidades.

Lo mismo ocurre en el ISIA, donde estudia la carrera de educación, en un grupo conformado por otros cuatro varones muy poco dinámicos, poco participativos y nada empáticos con ella, una situación que la desalienta a continuar estudiando, pero que tampoco deja que la domine, ya que no tiene a dónde ir. Fer se siente atrapada en un lugar que no le satisface, pero del cual tampoco puede partir.

Y Donají, quien desde su labor en la misión de Chiapas intentó ingresar a la principal universidad pública de Oaxaca, la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, y a la Universidad Autónoma Metropolitana en la Ciudad de México, sin éxito en ambos casos. Una razón por la cual llegó al ISIA después de mucho buscar universidad.

En suma, su llegada al ISIA pareciera más bien fortuita, cuando en realidad ha sido el resultado de un cúmulo de intentos frustrados por establecerse en las ciudades. Y digo frustrados en relación claramente con causas estructurales, en primer lugar: la falta de recursos económicos suficientes, para costear su manutención, la obtención de empleos precarios, la dificultad para ingresar o permanecer en las universidades públicas de primera elección. A todo esto, hay que agregarle la dimensión subjetiva de ser mujeres jóvenes, que hacen frente, completamente solas, en la ciudad.

La presión familiar y los cuidados de los parientes, una vez más, recaen en manos de las mujeres. El *ser* se contrapone al *deber ser* impuesto. Las relaciones afectivas, y demás motivos y razones, las han devuelto, una vez más, al lugar del cual intentaban salir: la comunidad indígena.

DEJAR DE SER PARA SEGUIR SIENDO

Evidentemente, este regreso a la comunidad indígena no implica impermanencia, ni en su ser y estar siendo jóvenes mujeres indígenas, ni en sus familias y comunidad de pertenencia, ni en la comunidad receptora: Jaltepec de Candayoc. Una serie de transformaciones y tensiones se hacen evidentes en la historia de estas cuatro jóvenes, las cuales expresan nítidamente la situación en la que se encuentran las y los jóvenes como ellas, dadas las condiciones materiales como las que imperan en nuestro país.

El proyecto político predominante en América Latina, que se ha diseminado a través de un proyecto ideológico y cultural, es el de la interculturalidad, esto es “una herramienta descriptiva [que] no se basa tanto en la composición internamente diversa de la sociedad, ni en su segmentación en diferentes grupos, como lo sugeriría el enfoque multicultural; la perspectiva intercultural enfatiza, no la composición de los grupos, sino el tipo y la calidad de las relaciones intergrupales dentro de una sociedad” (Dietz, 2017).

El proyecto intercultural ha permeado, desde hace una década, al proyecto educativo en México con relación a su población indígena. El ISIA es una muestra evidente del proyecto intercultural adoptado por diversas órdenes religiosas al frente, de manera importante, de la educación de la población más empobrecida del país, en este caso, la población indígena. Sin embargo, el tipo de interculturalidad imperante es de tipo normativo

y prescriptivo y se limita al ámbito cultural: a la lengua, la indumentaria y las expresiones artísticas, no así a otras dimensiones que en la vida cotidiana de las y los jóvenes también son relevantes como la sexualidad, la moda, los gustos y expresiones artísticas, el divertimento, el consumo. En estos campos no se ha detenido el proyecto intercultural. Por lo cual, las chicas entrevistadas se colocan desde una óptica más bien crítica de la interculturalidad romantizada.

“Se supone que la interculturalidad es como relacionarse con muchas culturas y respetarnos ¿no? Pero yo creo que aún le falta muchísimo. Yo siento que es como una utopía. [...] Muchos se faltan al respeto. Muchos hombres como traen también estas ideas machistas y llegan a agredir verbalmente mucho a las mujeres o entre ellos.” Peor aún, cuando algún compañero expresa una condición sexual diversa a la heterosexual, ya que en ese momento se convierten en blanco de las burlas y ataques de tinte homofóbico de sus compañeros: “ay, mira como camina”, “maricón”, “ahí va la tuya”, un compañero le dice a otro compañero cuando ve un chico que es gay.” La diversidad sexual es un ámbito de poco respeto entre estos jóvenes, que se muestra abiertamente con gestos y comentarios homofóbicos. “Yo tuve un compañero homosexual y se salió por problemas en su casa, pero también por mis compañeros, porque le decían muy feo”, comparte Fer.

Sin embargo, de manera autocrítica Karla muestra cómo es que de algún modo todas y todos reproducen estos estereotipos y formas de rechazo hacia lo diverso aun entre la diversidad, como, a continuación, explica Karla: “Yo también lo he hecho, o sea sin que a veces lo quisiera hacer, pero dentro de mi cotarro o sea para mí es algo normal ¿no? porque nos llevamos así, pero dentro de ese relax, pues quiera o no está presente, aunque yo no lo quiera”.

Por el contrario, la posición crítica de estas chicas, no es generalizable, ni compartida por otros compañeros, como narra Donají: “A mí me pasó una vez, que me sentí muy incómoda.

Estaba en una clase y había un chico que es gay, entonces va uno de estos que me cae muy mal y le pega en la espalda un papel que decía una frase muy, muy grosera, así que decía ‘soy una puta y busco quien me dé por atrás’, y él no se había dado cuenta y caminaba por el salón y todos ‘jajajaja’. Entonces se dio cuenta que se reían de él, se voltea y se da cuenta de que tiene el papel y lo lee y yo dije ‘su reacción va a ser enojado y va a decir ‘¿por qué me están haciendo esto?’, y ya lo leyó y dice ‘¿quién me hizo esto?’, y el chavo alzó su mano, pero era uno de con los que se lleva y ya pu’snamás dijo ‘ah jajaja, qué chistoso eres, ¿por qué me haces así?’, y entonces hasta el profe se empezó a reír y yo me quedé en silencio y el profe se dio cuenta de mi indignación y se dejó de reír, y yo le dije ‘Ay Lorenzo, ¿no te das cuenta?’, y me dijo ‘Ay, ya sé qué me vas a decir, pero entre lo que tú piensas y yo hay mucha diferencia’, y dije ‘bueno, pu’s ya no le voy a decir nada’. O sea, él cree que está bien, pero pu’s de alguna manera eso hace que el rechazo y la violencia hacia estos grupos de personas siga aumentando”.

Las relaciones entre hombres y mujeres son otro ámbito de tensión entre estos jóvenes que, de algún modo, dadas las experiencias de migración y de contacto con otros discursos y otras formas de relación humana, cuestionan la dominación patriarcal. Donají nos cuenta que ella, cuando escucha comentarios *fuera de lugar* de sus compañeros les deja de hablar: “trato de mantener distancia porque son compañeros que si les dices algo te pueden hasta agredir. Una vez iba pasando por [el] cuarto [de un compañero], llevaba audífonos, pero estaba bajito [el volumen], entonces escuché que me dijeron ‘Donají’, y volteé y entonces me hace la seña así [el dedo medio en alto semejando un pene] y ya pu’s yo dije ‘está la violencia...’”. La posición de Donají es radical: rompe todo tipo de contacto con aquel compañero que siente la puede agredir.

Por el contrario, Karla ha aprendido a enfrentar dicha situación a manera de juego y entrando en una relación más bien de

intercambio lúdico, aunque violento, con ellos: “Pues trato de no decirle, porque me ha pasado en ocasiones ¿no?, de que me dicen algo pu’s yo en vez de decirle ‘ay, que no sé qué’, porque los chavos cuando tú les respondes o les dices algo es como encender el cerillo y no te van a dejar de molestar, y es como estar hablando con alguien que no entiende pues, y por más que le digas y le digas y le hagas pues nomás no. Yo trato de no hacer caso a los comentarios y al contrario, trato de cotorrear con eso, para que de alguna manera se le voltee la tortilla y diga ‘ah, pu’s por lo menos aguanta la vara’ ¿no?” Al pedirle un ejemplo de lo anterior, recuerda que “por ejemplo, nosotras que nos llevamos, luego me dicen ‘pues ya hay palmaditas’ o sus comentarios sobre lesbianismo y todo eso. Yo digo ‘pu’s sí, se siente rico’. Es un comentario nada más, y entonces ellos se quedan así [gesto de sorpresa], en vez de que nosotros nos sintamos como cohibidas, ellos se sienten...” Interrumpe Fer: “Así como que ¿en serio?”, y responde Karla “Aja, ay en serio, bien espantados ¿no? [Risas de todas]. Es una forma, para mí, es una forma de darle la vuelta”.

Empero, es notable que los varones continúen agrediendo a las mujeres en el ámbito de lo sexual, por ejemplo, cuando se sienten rechazados. Fer cuenta que hace unos años un vecino de la misma comunidad la pretendía y ella lo ignoraba, hasta que un día, saliendo de misa, ella se sentó en el centro del pueblo y este chico que estaba con sus amigos se acercó para decirle: “oye, que dicen mis amigos que si te puedo dar un beso”, “pero yo le dije que no, entonces se regresa y me dice ‘dicen que si no aceptas es porque eres lesbiana’ y yo le dije no. Entonces pasó y todos se burlaron de él y ya pasó como una semana y yo me enteré que este chico andaba diciendo que yo era lesbiana a todos sus amigos, entonces sus amigos siempre que me veían se reían y yo antes no entendía por qué, hasta que uno de sus amigos le dijo a uno de mis primos y pu’s yo sí me sentí mal”.

Como en otros contextos, cuando las mujeres cuestionan y se oponen a estas formas de dominación patriarcal, son atacadas

como respuesta. Por tanto, por un lado, reproducen las relaciones de subordinación de las mujeres con respecto a sus parejas varones: “luego me doy cuenta de que las chicas que tienen novios reproducen lo que han traído desde sus casas, a pesar de que ya están en tercero o cuarto semestre. [...] van y le lavan el plato a su novio, o le sirven”, a pesar de que una de las premisas de la escuela es la independencia y la asunción individual y colectiva de responsabilidades, empezando por cuestiones prácticas y aparentemente mínimas como el de que cada uno debe lavar sus trastes al terminar de comer. Y, por otro lado, cuestionan, prueban, construyen nuevas formas de relacionarse afectivamente, más basadas en la libertad, el respeto y la diversidad, como estas cuatro chicas lo demuestran.

NUEVAS FORMAS DE AMOR

Sin duda el desplazamiento espacial presente, en sus trayectorias de vida, ha impactado en todos los ámbitos y el afectivo no es la excepción. En las ciudades, a diferencia de las comunidades indígenas más tradicionales, es posible observar que la heterosexualidad, si bien hegemónica, no es la única forma de relación erótica que existe; que el noviazgo no se limita a una sola pareja para toda la vida; que esos múltiples noviazgos no derivan necesariamente en matrimonio; y que el matrimonio, la maternidad, la sexualidad, son un campo abierto a la libre decisión; algo muy distinto a lo que vivió la generación pasada, es decir, la de sus padres.

Las experiencias adquiridas fuera de la comunidad y del hogar paterno, les están permitiendo cuestionar los patrones tradicionales de la relación amorosa, no sin tensiones y contradicciones, que a la fecha no saben cómo resolver. Sin embargo, ahora poseen una mayor libertad de elección de pareja, contrario a lo que Elena nos cuenta sobre sus padres: “Antes no era porque

tú escogías con quién, era quien escogían tus papás, entonces mi mamá fue así. Mi abuela, la mamá de mi papá y la de mi mamá se pusieron de acuerdo.” Es decir, los matrimonios arreglados eran una práctica común hasta hace apenas dos décadas.

En la época de sus padres era casi un hecho que un noviazgo, más o menos duradero, tendría como destino final el matrimonio, los hijos y la formación de una familia “para toda la vida.” Por el contrario, al migrar a tan temprana edad, estas chicas ya han tenido varias parejas sexuales, sin que sean necesariamente sus novios y mucho menos esposos, contrario a lo que vivieron sus madres: “Yo he platicado con mi mamá y él [su padre] es el único hombre, desgraciadamente, el único hombre que ha tenido en todo su corta existencia y eso es lo que a mí me encabrona, porque mi papá, aquí abiertamente, hace su desmadre y mi mamá ahí en la casa, con él nada más y pues sí me duele, me da coraje”, dice Karla.

Para ellas un noviazgo estable no implica necesariamente como fin último el matrimonio. Es el caso de Karla, quien lleva 3 años con su novio, también estudiante del ISIA actualmente ya egresado: “Antes sí pensaba que a me iba a casar con él, pero ahorita ya cambio mí... o sea, ya digo, ‘no crean que porque he andado mucho tiempo con él ya me voy a casar’, aunque mi abuela dice lo contrario.” Y continúa diciendo: “Es que no sé, depende de lo que suceda. Ya no estoy pensando tanto en ‘ay, qué es lo que voy a hacer.’ Estoy pensando en que quiero terminar mi carrera, en que quiero salir, conocer, así como él lo está haciendo, yo también tengo derecho, entonces yo quiero eso.”

Los cambios que ellas expresan han tenido impacto en sus propios padres y abuelos, quienes, posiblemente, ahora se cuestionen a sí mismos sobre lo que consideraban correcto, normal, posible y deseable para sí mismos y para los suyos. El padre de Karla es quien abre la posibilidad de que no se case con el novio, a pesar de ya llevar 3 años de relación: “no me dicen ‘cásate con’. Dice mi papá, ‘qué más quisiera yo’, ‘qué bonita

relación que han durado'. O sea, el piensa así 'pero tal vez no se entienden y de qué sirve', 'no quiero que pases lo mismo que estoy pasando yo'. Aunque mi abuela es la que dice que no, que tengo que estar con él, con el que ya elegí, con ese para siempre. Y mi otra abuela, la mamá de mi mamá, quiere que termine mis estudios y que no me embarace, que si quiere que me case, pero que primero termine mis estudios."

Los cambios que estas jóvenes están generando en sus familias llegan al grado tal que hasta les compran sus cervezas y las invitan a beber en sus propias casas. Esto porque saben que el consumo de alcohol será inevitable y que una manera de protegerlas de los juicios externos, de los vecinos y del ataque de los hombres en los espacios considerados puramente masculinos, como son las cantinas, es resguardándolas en el espacio doméstico. Así, cuenta Fer, que "hasta mi abuela cuando le digo 'voy a tomar', 'sí, tráetela aquí en la casa para que no te vayan a hacer algo si estas tomando allá en la cantina'."

Partiendo de esa idea, les pregunte cuántas cantinas había en el pueblo, a lo que ellas respondieron al unísono: "¡Un chingo!" "Y ¿van ustedes?", "¡Ay no!", exclama Donají, "es que acá hay violencia y te pueden insultar. Van puros... la mayoría son hombres machistas y borrachos y luego ahí te pueden agredir o te molestan. Si llegas ahí, te molestan porque piensan que eres una cantinera. Y pues venden también yerbas, venden droga, coca [cocaína], entonces ahí mismo se andan coqueando, moteando y ya se ponen hasta acá."

Las chicas comparten que muchos de los actuales casamientos entre jóvenes, están determinados por el embarazo, pocas veces interrumpido, más que por una libre decisión. Por tanto, para evitar embarazarse y verse obligadas a casarse, han decidido utilizar métodos anticonceptivos, como el coito interrumpido, las pastillas anticonceptivas, el condón, aunque estos últimos son de difícil acceso, porque en las comunidades es prácticamente imposible, que una mujer acuda a una farmacia

a comprarlos. La sanción moral que reciben, de parte de la comunidad, puede ser aniquilante. No como en la ciudad, donde tienen mayor margen de acción.

Las maneras de relacionarse afectiva y sexualmente, muestran diversas posibilidades de elección, que son distintas a las de las generaciones precedentes, como, por ejemplo, el lesbianismo y la homosexualidad, que son prácticas presentes entre los jóvenes indígenas, no sin un dejo de reprobación de parte de sus pares, pero aun así presentes y evidentes, más aún en una comunidad como la de Jaltepec de Candayoc, marcada por el arribo de centenas de jóvenes estudiantes, provenientes de distintas regiones, con la experiencia, así todos, de la migración.

La construcción de relaciones están basadas en la libertad y la confianza mutuas, “tú sabes lo que haces, yo sé lo que hago, ya estamos grandecitos’, ‘no me prohíbas cosas si no quieres que te prohíba cosas’. O sea, se supone que tenemos que entendernos y así, mejor ‘tú dedícate a lo que te gusta, a lo que quieres y yo también haré lo mismo’.”

Además existe el caso de la unión libre, que en el fondo implica una fractura en la institución del matrimonio, y, a lo que se están oponiendo fuertemente los padres, como en el caso de Elena: “Orita estoy... no sé cómo decirlo..., creo que estoy juntada [en unión libre], pero [su papá] se molestó porque el semestre pasado tomé la decisión de llevar a mi novio a mi casa y uh... eso complicaron las cosas, pero mi ‘pá nunca me dijo nada. [...] También tuve el error que nunca le dije que era mi novio, llegamos y así nada más, según teníamos planeado decirle bien, pero jamás le dijimos. Le dijimos nada más a mi mamá y pues según yo, nosotros pensamos que mi mamá le iba a decir, pero pues no, o sea, ya era mío y bueno, eso creo que arruinó todo. Pero de hecho entonces la ventaja, como él [su novio] ya terminó [la carrera] pues ya él se puso a trabajar y me dijo que pues ya no me preocupara por el dinero, pues él ya me iba a dar el dinero y pues que ya para que mis papás no se preocuparan, y además como fuimos, y pues

así estuvimos ahí mucho tiempo, entonces mi papá piensa que ya lo abandoné. O sea, ya no le estoy pidiendo tanto dinero, a lo mejor y su conclusión es de que pues ya no espera nada de mí, ¿no?." Dilemas presentes en las jóvenes indígenas universitarias, que se están aventurando a ser y vivir de otro modo su juventud.

TERMINAR LA UNIVERSIDAD. OTRO DESPLAZAMIENTO OBLIGADO

Para cerrar la entrevista, les pregunto qué harán al terminar la carrera, a lo que responden sin mucha claridad, pero con esa certeza de que, en algún momento, tendrán que abandonar la comunidad en la que actualmente habitan, Jaltepec. Elena ha sido considerada para ocupar un cargo, bajo el sistema de cargos de su comunidad de origen, de suerte que tendrá que regresar por un tiempo, para cumplir con la obligación política, económica, social y moral que se le ha asignado.

Dicho nombramiento implica un cambio profundo en los sistemas tradicionales, ya que hasta hace muy poco las mujeres no eran consideradas para asumir responsabilidades públicas de esta índole, de suerte que la participación política de las mujeres es resultado de una serie de transformaciones, sobre lo cual sabemos muy poco.

Donají persiste en su deseo de ingresar a alguna de las universidades públicas más importantes del país, para seguir estudiando "la maestría y el doctorado", en algo que este relacionado con artes visuales.

A Karla también le gustaría seguir estudiando, pero, para ello, sabe que necesita conseguir una beca. Es posible que tal proyecto esté influenciado por la presencia de profesores investigadores quienes, como yo, provenimos de las ciudades, contamos con estudios de posgrado y traemos con nosotros una serie de ideas, comportamientos, opiniones, enseñanzas y personalidades distintas a las que imperan en las comunidades

indígenas. Por tanto, considero que indudablemente influimos, en unos más que en otros, sobre estos jóvenes estudiantes a quienes mostramos otras maneras de ser, estar, vivir y pensar distintas a las de sus comunidades.

Finalmente, Fer, quien a pesar de su deseo de salir de su comunidad, se encuentra anclada a la misma. Ella dice que “ahorita porque tengo a mi papá [así le dice a su abuelo] que todavía puede trabajar el rancho, que sí es bastante lo que tienen ahí. Luego hay terreno también ahí, en la comunidad, entonces, soy única y pues tengo que cuidar eso, checar, noirme tan lejos y ya ver cómo le hago con eso.” No obstante, después de unos segundos de reflexión, continúa: “Pues todavía me faltan tres años más [para terminar la carrera], pero pues es que siempre me he querido ir, pero siempre hay algo que no, mis abuelos, pero pues yo creo que sí, sí me voy a ir.” Un profundo dilema entre la obligación moral y afectiva y el anhelo y la necesidad de salir, aprender, conocer y hacer su vida lejos de la comunidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Bertely, María, Gonzalo Saraví y Pedro Abrantes, *Adolescentes indígenas en México: derechos e identidades emergentes*, México, CIESAS, UNICEF, 2013.
- Dietz, Gunter, “Interculturalidad: una aproximación antropológica”, en *Perfiles educativos*, vol.39, núm.156, 2017. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0185-26982017000200192&script=sci_arttext&tlng=es
- López Guerrero, Jahel y Marcela Meneses Reyes, *Jóvenes y espacio público*. México, UNAM, en prensa.
- Meneses Reyes, Marcela y Jahel López Guerrero, “Apuntes teórico-metodológicos para abordar la dupla jóvenes-espacio público”, en *LiminaR. Estudios sociales y humanísticos*, Vol. 16, Núm. 2, 2018, pp. 60-71.